

Atenea

REVISTA MENSUAL DE CIENCIAS, LETRAS Y
BELLAS ARTES. PUBLICADA POR LA
UNIVERSIDAD DE CONCEPCION.

Año VI — Santiago, Noviembre de 1929 — Núm. 59

Manuel Rojas

LAS MAQUINAS EN EREWHON

(EN TORNO A SAMUEL BUTLER)

POCO después de que Chowbok, cuyo verdadero nombre creo que era Kahabuka, abandonó en las altas montañas a Mr. Higgs, cayó éste en manos de los habitantes de Erewhon, los cuales, sorprendidos por el color blanco de la tez, el azul de los ojos y el tono rubio de los cabellos del extranjero, y siendo además hombres de índole pacífica, no le hicieron daño alguno, limitándose a llevarlo prisionero a la ciudad de Puerto-Frío.

Todo marchó bien en un principio. El juez a cuya presencia fué llevado, lo examinó detenidamente durante cinco minutos, de arriba abajo, desde la coronilla hasta la punta de los pies, y como este examen no

lo dejara satisfecho, le hizo, en el idioma del país, una sola y breve pregunta, que, según el hombre blanco infirió, significaba:

—¿Quién sois?

Contestó él en inglés, con toda naturalidad y calma, procurando hacerse entender; pero el hecho de no entenderlo intrigó más aún al juez, quien abandonó la habitación, volviendo instantes después acompañado de dos hombres que, sin anunciarlo previamente, procedieron a desnudar al desconocido. Estando desnudo, le tomaron el pulso, le examinaron la lengua, le auscultaron el pecho, le palparon todos los músculos. No hallaron en Mr. Higgs nada de extraordinario. Evidentemente, a pesar de su piel blanca, era también un hombre y un hombre bien constituido. Esto pareció alegrar al juez, que le dirigió al prisionero un largo discurso, del cual Mr. Higgs no entendió una sola palabra.

Luego los hombres empezaron a registrar el equipaje del forastero. Al principio no apareció nada que les llamase la atención; todas eran cosas comunes. Pero de pronto apareció la pipa de Mr. Higgs y su vista causó un profundo asombro. ¿Qué era aquéello? Por medio de señas insistieron para que usara en presencia de ellos aquel objeto misterioso; hízolo él y el espectáculo sorprendió a los habitantes de Erewhon, sin disgustarles, pareciendo que les agradaba el olor del tabaco. Siguieron en su registro y pronto hallaron el reloj de Mr. Higgs, prenda que éste había escondido cuidadosamente entre sus ropas. Tan luego como lo tuvieron en las manos mostráronse inquietos y molestos, como ante una cosa que no fuera natural, dando con esto lugar a que Mr. Higgs recordara la frase del filósofo Paley: «Si un salvaje viese un reloj, comprendería inmediatamente que era cosa inventada.»

Le hicieron abrir el reloj y enseñarles el movimiento, lo cual produjo gran disgusto en los tres habitantes de

Erewhon y el consiguiente desconcierto de Mr. Higgs, quien no acertaba a comprender en qué forma podía haberlos ofendido. La cara del juez expresaba horror y espanto, aborrecimiento sobre todo, e intentó manifestar sus impresiones al prisionero, dirigiéndole otro discurso. Pero comprendiendo que sus palabras eran inútiles, ya que el extranjero no le entendía, optó por hacer algo de más provecho e hizo llevar a una espaciosa sala, donde Mr. Higgs contempló un espectáculo que lo llenó de asombro.

La sala era una especie de Museo y estaba cubierta por gran cantidad de vitrinas que encerraban toda clase de curiosidades: esqueletos, pájaros y animales disecados, esculturas en piedra; pero esto no tenía nada de asombroso. Lo asombroso era que la mayor parte de la sala estaba ocupada por maquinarias viejas y rotas y que las piezas principales de ellas estaban colocadas en vitrinas especiales y llevaban rótulos escritos en el idioma del país. Había toda clase de máquinas, desde algunas que semejaban locomotoras hasta relojes de pared y de bolsillo. Con uno de éstos fué comparado el de Mr. Higgs y aunque el modelo era diferente, la cosa era idéntica. Esta similitud ofendió nuevamente al juez, quien le dirigió otro discurso. Para apaciguarlo, el extranjero tomó su reloj y lo colocó junto a los que allí había, indicando por señas que no tenía interés en conservarlo consigo y rogando, también por señas, que se quedaran con él. Creía que de este modo le perdonarían el involuntario contrabando que suponía haber cometido.

Pero no se trataba de contrabando, no; la verdad era otra muy distinta y Mr. Higgs sólo vino a conocerla cuando llevaba ya algún tiempo viviendo en Erewhon. La verdad era que en Erewhon no existían máquinas. De ahí la sorpresa de los tres hombres. Todas habían sido destruidas a raíz de una revolución, y las piezas y esqueletos de ellas se conservaban solamente como

muestras de una época desaparecida, a la cual no se deseaba volver. ¿Pero cuáles habían sido los motivos de aquella revolución y qué razones habían impulsado a los habitantes del país a destruir las máquinas?

El señor Thims llevó una tarde a Mr. Higgs a casa de un caballero que gozaba de gran reputación en la ciudad, pero al cual, sin embargo, se consideraba sospechoso y peligroso, por haber tratado de introducir un adverbio en el lenguaje hipotético; se le tenía como el arqueólogo de la ciudad y era muy versado en mecánica antigua. Fué este señor el que obsequió a Mr. Higgs un ejemplar del libro que había provocado la revolución. Esta había tenido lugar quinientos años antes de la llegada de Mr. Higgs a Erewhon y fué tan violenta que disminuyó en la mitad el número de los habitantes del país. Triunfaron al fin los anti-maquinistas sobre los maquinistas, y a causa de ese triunfo fueron destruidas todas las máquinas y quemados todos los tratados de mecánica, junto con los talleres de los ingenieros y mecánicos.

El libro se llamaba *El libro de las máquinas* y estaba escrito en el idioma del país. Felizmente, Mr. Higgs hizo un resumen de él en inglés y gracias a ello podemos nosotros conocer algunas de sus partes principales.

* * *

Hubo una época en que la Tierra estaba totalmente desprovista de vida; era sólo una bola redonda y caliente. Nada germinaba en ella y nada podía hacer presumir que, un día, de esas cenizas surgirían seres animados, dotados de conciencia. Sin embargo, surgieron, se desarrollaron, se multiplicaron, alcanzando a través de los siglos la perfección que hoy poseen. ¿Cómo, de aquella desolación, pudieron surgir la vida y la conciencia? No se sabe o se sabe a medias; pero surgieron. El hecho, aunque sorprendente, es innegable. Y si

aquéllo, tan inaudito, sucedió, ¿no es posible que aún hoy día existan cauces desconocidos, por los cuales la vida pueda hacer manar la conciencia en seres y cosas que nos parecen, ahora, incapacitados para ello? No conocemos aún toda la potencialidad fecundante de la vida y no podemos tampoco prever las sorpresas que nos guarda. Su heterogeneidad es infinita. No podemos afirmar que la vida animal es el fin de todas las cosas. ¿Por qué razón no podría haber otro nuevo fin? Hubo un tiempo en que parecía que el fuego era el único fin de la vida, su objetivo último; pero el fuego desapareció y vinieron las rocas y las aguas, que a su vez parecieron constituir la única finalidad de la vida; pero sobrevino luego la vida animal, y ésta, a su vez, parece ser el último objeto de la existencia del mundo. Sin embargo, si el fuego no permaneció, ni permanecieron las aguas y las rocas, a pesar de cubrir cada uno de estos elementos una etapa de siglos que pudo considerarse definitiva, ¿por qué habría de permanecer la vida animal? Job dice que el hombre es como la sombra, que huye y no permanece. . . . Así como el hombre, no sería raro que toda la vida animal estuviera condenada a desaparecer, cediendo el puesto a otra forma de vida, dotada de otra clase de conciencia. ¿Por qué no?

Sería pretencioso, por parte nuestra, asegurar que la sola conciencia que existe en el Universo es la humana. Las plantas poseen también conciencia:

existe una clase de planta que come alimentos orgánicos por medio de sus flores: cuando una mosca se posa sobre la flor, los pétalos se cierran sobre ella y la aprisionan hasta que la planta haya absorbido el insecto dentro de su sistema. Pero no se cierran sino sobre lo que es bueno de comer; de una gota de agua o de una ramita no hacen caso. ¡Qué curioso es ver una cosa tan inconsciente cuidar con tanta habilidad de sus intereses! Si esto es inconscencia, ¿de qué sirve la conciencia?

Los animales poseen también conciencia y esto no necesita demostración alguna. ¿Y por qué no pueden existir sino estas tres clases de conciencia? ¿No tendrá

la vida reservada una nueva, que sustituya a las demás? Nadie podría negar esto de tal modo que no quedara duda alguna; nadie, puesto que nadie conoce lo que la vida guarda dentro de su mano cerrada. Quizá si en estos mismos momentos se está desarrollando una nueva conciencia ante nuestros ojos, sin que nosotros lo advirtamos; nuestros ojos son imperfectos y no distinguen sino lo acostumbrado; nuestra inteligencia no percibe sino aquéllo que está en relación directa con ella y con nuestra vida y costumbres. ¿Cuántos fenómenos físicos y biológicos pasan inadvertidos para nosotros? Muchos.

Ahí tenemos, por ejemplo, las máquinas.

No existe garantía contra el desarrollo final de la conciencia mecánica en el hecho de que posean las máquinas poca conciencia en la actualidad. Recapítense los adelantos extraordinarios hechos por las máquinas en los últimos siglos, y obsérvese con qué lentitud progresan los reinos animal y vegetal. Las máquinas de organización más complicada son creaciones, no ya de ayer, sino de los últimos cinco minutos, por decirlo así, en comparación con el pasado. Admítase, para hacer más clara nuestra argumentación, que los seres conscientes hayan existido unos veinte millones de años, ¡y véase qué camino han recorrido las máquinas durante los últimos diez siglos! ¿No puede durar el mundo veinte millones de años todavía? Si así fuere ¡qué no llegarán a ser las máquinas! ¿No sería más prudente cortar el mal en flor prohibiéndolas nuevos adelantos?

Se argüirá que la máquina es sólo una cosa inventada o creada por el hombre y que, como cosa mecánica, no puede tener conciencia. ¿De dónde podría venirle la conciencia a la máquina? Pero, contestando a esta pregunta, podría preguntarse: ¿de dónde le vino la conciencia al hombre? La raza humana, aceptando la teoría de la evolución, desciende originariamente de algo desprovisto de toda conciencia. Y si el hombre, que desciende de organismos desprovistos de toda conciencia, llegó a poseerla, igualmente o con mayor razón llegará a poseerla la máquina, que ha sido creada por un organismo consciente. Por lo demás,

¿quién puede decir dónde empieza la conciencia y dónde acaba? ¿Quién puede trazar la línea divisoria? Es decir: ¿quién puede trazar línea alguna? ¿Quién puede decir que la máquina de vapor no posee una especie de conciencia?

La maquinaria va enlazada con la vida animal por una variedad infinita de eslabones. El hombre mismo es una máquina, que anda mientras tiene combustible y que se detiene cuando deja de tenerlo. Claro es que la máquina humana es más perfecta que la máquina mecánica, pero no siempre ha sido perfecta y hubo una época en que no presentaba garantía alguna de progresar hasta el extremo que lo ha hecho, y si fuera posible retrotraerse al tiempo y comparar una máquina humana de esa época con una máquina mecánica de hoy, que está también en un estado rudimentario de su evolución, la inferioridad de la primera sería evidente. Y adviértase que el autor habla quinientos años atrás, cuando aún en Erewhon y en el resto del mundo no se conocía la electricidad, fuerza misteriosa cuyo origen no se conoce y que obra sobre las máquinas como un sistema nervioso; ni se conocía la aplicación del petróleo a la maquinaria, elemento que es también una especie de oxígeno para el sistema circulatorio de ellas; ni se conocían los motores, verdaderos corazones mecánicos, que están, como los humanos, expuestos a enfermedades, a arritmias, a palpitaciones, a muertes repentinas. Poco a poco van apareciendo nuevos elementos que impulsan de manera vertiginosa el progreso de la maquinaria, y el hombre mismo, al contemplarlas, asómbrase de su adelanto. La linotipia, por ejemplo, que fué inventada ayer, es más inteligente que muchos hombres; rara vez se equivoca y cuando esto sucede, es el hombre que la maneja el que tiene la culpa de su error. Hay máquinas que hacen toda clase de operaciones más pronto y mejor que cualquier hombre; no hay matemático que pueda compararse con ellas en precisión y en rapidez; ellas no olvidan nunca una cifra, así como las máquinas tejedoras no olvidan nunca un punto. No se cansan ni decaen; andan por debajo del agua y por encima de ella; vuelan por el aire con más lige-

reza y constancia que los pájaros; cavan bajo tierra y hablan con un lenguaje casi propio, de un país a otro, sin más que el hombre las toque con su mano. Y hay algunas que ya no necesitan la intervención directa de la mano del hombre; una onda eléctrica las mueve a voluntad.

Así es el tallo verde aún; ¿qué hará, pues, cuando llegue a pleno desarrollo?

Tómese en cuenta que las máquinas de hoy son para las futuras lo que los ictiosaurios fueron para los primeros hombres; ninguna representa ni remotamente el tipo de lo que serán en el futuro, así como el primer antropoide que se enderezó sobre sus patas no representaba ni vagamente el tipo del hombre actual. Cuando se piensa en la lentitud del progreso del hombre, pasma la rapidez del de las máquinas. Nada en el mundo ha progresado tan rápidamente como ellas. Es este rápido progreso el que alarma.

Hasta la fecha, las máquinas reciben (y transmiten) sus impresiones por intermedio de los sentidos del hombre. Una locomotora en marcha llama a otra con agudo acento de alarma y la otra se aparta al instante; pero es a través de los oídos del maquinista como la voz de una ha actuado sobre la otra. De no haber maquinista, la llamada hubiera permanecido sorda al requerimiento de la llamante. Hubo una época en la que hubiese parecido sumamente improbable que las máquinas aprendiesen a expresar sus requerimientos por medio del sonido, ni aún a través de los oídos del hombre. ¿No podemos imaginar, por tanto, que llegará un día en que dichos oídos ya no serán necesarios, efectuándose la percepción del sonido merced a la delicada construcción de la propia máquina? ¿Una época en la cual sus medios de expresión habrán evolucionado desde el grito de los animales hasta un lenguaje tan complicado como el nuestro?

Por lo demás, el que las máquinas no tengan hasta ahora voz, no constituye garantía suficiente contra un probable desarrollo de la conciencia mecánica. Puede ocurrir que la falta de palabra fuese más bien una cualidad de las máquinas, cualidad que los mismos hombres han elogiado de diferente modo. El silencio, ha dicho un escritor, es una virtud que nos hace agrada-

bles ante nuestros semejantes. El silencio es oro, añade la sabiduría popular.

Existe ya una evidente tiranía de la máquina sobre el hombre. Este cree que ha creado la máquina en interés suyo y que será siempre su director, su espíritu, y que ella será siempre su esclava, estando, en relación con él, en la misma situación de los animales domésticos; que debiendo su vida al hombre no podrá alcanzar superioridad sobre él y que tan pronto como una máquina deje de obedecer al hombre estará condenada a desaparecer. Pero esto no es así. El hombre es ya esclavo de la máquina y hay algunos que desde su cuna hasta su tumba pasan su vida entera cuidando de ellas. Esto es ya esclavitud. Además, el hombre no puede vivir ya sin las máquinas, y esto es también esclavitud. Si todas las máquinas fuesen destruidas o desapareciesen en un instante dado, el hombre no podría sobrevivirlas. Le faltarían las comunicaciones, los alimentos, el vestido, la luz, la vista, las diversiones; le faltarían igualmente motivos intelectuales para subsistir y no pudiendo acostumbrarse a este enorme salto atrás en la evolución del mundo, caería en la barbarie y desaparecería. Si, hasta este momento, las máquinas dependen del hombre, el hombre, con mayor razón, depende de las máquinas y la existencia de ellas es un *sine qua non* para la existencia suya. La máquina impone al hombre su voluntad y su subsistencia, y el hombre llega hasta pelear con otros por ellas. Toda esa enorme lucha de la política internacional por la posesión del petróleo, lucha que llegará pronto hasta provocar una guerra mundial, no es sino provocada por la imposición de las máquinas.

—Si falta petróleo, me pararé—dicen las máquinas.

Y el hombre, asustado ante esta posibilidad, comprendiendo que la inmovilidad de las máquinas representa su propia inmovilidad, su inercia, su inanición, su muerte, lucha, disputa, miente, se apodera de los pueblos más débiles que el suyo, los subyuga, olvida

sus compromisos de honor, como en los casos de Colombia y Mossul, llegando a veces hasta la traición.

¿Es esto o no una esclavitud?

Algunas personas dicen que las máquinas nunca podrán evolucionar hasta convertirse en seres animados o cuasi-animados, puesto que no tienen sistema reproductivo ni parece probable que lleguen jamás a poseerlo. Si con esto quieren decir que no pueden unirse en matrimonio y que no hay probabilidades de que presenciemos jamás una unión fértil entre dos máquinas de vapor, con sus vástagos jugando a la puerta (por mucho que quisiéramos verlo), entonces admítolo de buena gana. Pero esta objeción no es muy profunda. Nadie espera que todos los rasgos distintivos de los organismos existentes hoy día se reproduzcan exactamente en un orden de vida totalmente distinto. El sistema reproductivo de los animales se diferencia mucho del de las plantas, aunque ambos sean sistemas reproductivos. ¿Es que la naturaleza ha agotado sus fases de esa facultad? En buena lógica, si una máquina es capaz de reproducir otra máquina sistemáticamente, podemos decir que posee un sistema reproductivo. ¿Qué es un sistema reproductivo, sino un sistema para la reproducción? ¿Y cuántas máquinas existen sin haber sido engendradas sistemáticamente por otras máquinas?—Pero es el hombre quien las obliga a hacerlo.—Concedido; mas ¿no son insectos los que hacen reproducirse a muchas plantas y no desaparecerían familias enteras de ellas si su fertilización no se efectuase por una clase de agentes que les son totalmente ajenos? ¿Se le ocurre a nadie decir que el trébol encarnado no tiene sistema reproductivo porque el abejorro (y sólo el abejorro) debe auxiliarlo y excitarlo para que pueda reproducirse? A nadie. El abejorro forma parte del sistema reproductivo del trébol. Cada uno de nosotros proviene de diminutos animalculos, cuya entidad era completamente distinta de la nuestra, que actuaban a su modo y manera, sin preocuparse en lo más mínimo de nuestra opinión sobre la materia. Estos minúsculos animalitos forman parte de nuestro propio sistema reproductivo; entonces ¿por qué no hemos de formar parte nosotros del de las máquinas?

* * *

Tales son, en síntesis, las partes más esenciales del resumen que Mr. Higgs hizo del *Libro de las máquinas*. Ya hemos dicho que fué este libro el que provocó la guerra civil que trajo como consecuencia la completa destrucción de todas las máquinas existentes en Erewhon. No puede negarse que su autor tiene razón en muchos puntos y que si bien en lo tocante a la probable conciencia mecánica, habría mucho que discutir, en lo que respecta a la tiranía de la máquina sobre el hombre, es irrefutable.

Y esto se dijo hace quinientos años en Erewhon. . . .

Entre nosotros, que no somos habitantes del país fantástico situado allende las montañas de Nueva Zelandia, el problema es agudo y complicado. Las máquinas absorben cada día más la fuerza y la inteligencia del hombre. Ocupan ejércitos enteros de hombres, que sólo trabajan para ellas, de día y de noche, cuidando su alimentación, atendiendo sus menores deseos, sus caprichos, sus ardides. Ante ellas, el valor intrínseco y extrínseco del hombre ha desaparecido y lo que más espanta es la superioridad que el hombre concede a la máquina sobre sí mismo. Ved, por ejemplo, un señor que maneja un automóvil; si otro señor, por medio de un choque o de otro modo, hiere su máquina, pondrá el grito en el cielo, se lamentará, acusará al otro ante la justicia y se hará pagar por el deterioro lo que considera justo y un poco más. En cambio, si con su máquina hiere o mata a un hombre, mentirá, dirá que él no tiene la culpa, que el hombre quiso pasar antes que su máquina habiéndole él advertido que quería pasar primero, que el otro no le oyó o no le obedeció e incluso presentará testigos falsos para probar su inocencia. Es fácil sustituir a un hombre, pero no es fácil adquirir otra máquina. He ahí el razonamiento que ha hecho posible considerar al hombre como inferior a la máquina. Ved, por otra parte, un taller industrial en actividad; hay muchas máquinas y muchos hombres; si una de ellas se descompone vendrá inmediatamente un mecánico a arreglarla, y si no basta uno vendrán cuatro, y si la máquina no es arreglada se paralizará toda la fábrica; en cambio, si una máquina coge a un hombre y le tritura un brazo, una pierna o la cabeza, pasará un largo rato antes de que llegue una ambulancia, la cual se demorará otro rato en llegar a la Asistencia Pública; en todo ese tiempo el hombre se habrá desangrado o habrá muerto. Pero la fábrica no se paralizará por eso; hay muchos hombres que pueden reemplazar al desaparecido.

Y lo más triste es que la cosa ya no tiene solución. El acrecentamiento y desenvolvimiento de la maquinaria ha hecho posible una mayor producción y al amparo de esta mayor producción, que asegura la subsistencia a un mayor número de individuos, el hombre se ha reproducido con exageración, con tanta exageración, que si hoy desaparecieran las máquinas, como en Erewhon, el hombre con su trabajo manual, sin máquinas, no podría abastecerse a sí mismo ni a los demás. Es su vida y las de los demás, entonces, lo que el hombre defiende en la existencia de las máquinas.

Pero, asegurando su vida, el hombre ha asegurado su esclavitud.